

# LA FERTILIA.

## Suplemento al Nacional, de literatura y de artes.

10 cts.

DOMINGO 11 DE JULIO DE 1852.

### Adhesion.

(HISTÓRICO.)

Esperemos para fallar: no decidamos con nuestras almas frias de las acciones bellas como un mármol antiguo: no juzguemos á la humanidad con nuestras opiniones miserables, despreciadas y mezquinas. Hé aquí un rasgo de Plutarco.

La gloria de Napoleon adhiere un hombre á su carro de hierro: él tiene su parte de sombra bajo la bandera del triunfo, su parte de miseria en la ancianidad: Santa Elena no estuvo solamente en el oceano: durante quince años la Francia fué tambien la Santa Elena de cien mil Napoleones, á quienes no faltó mas que la corona del imperio para escitar al mismo grado la piedad histórica del gran cautivo.

Mi pobre anciano habia visto todas las seducciones militares de la república, del consulado y del imperio; habia sostenido el gorro frigio vestido por Laffayete, la segur romana llevada por el pueblo, y el águila soberbia volando por todo el mundo. En estos tres símbolos tan

diferentes nunca vió él mas que la dignidad de su patria; porque habia conocido que importa poco á la nacion verse representada por un gorro, un ave, un color, con tal que esto conduzca el patriota al enemigo que amenaza y al estrangero que habla con orgullo.

Sin hijos, peso que los azares de la guerra no le permitian, y tambien sin amigos, porque habia dejado los primeros en las gargantas profundas de los Alpes, y los otros sobre las playas de Egipto, en las cenizas del Kremlin y en el hosario espantoso de Waterloo, se encontraba solo, solo con su espada emmohecida por el aire húmedo del Loira, solo con su cabeza, cúpula de un templo antiguo que se habia encerrado bajo la cúpula de los Inválidos.

Desde entónces ya no mas sacrificios á esta Francia. Lo que él amaba era el sol de la tarde iluminando las Tullerías y apagándose en el agua, porque su imagen le recordaba este otro sol que habia tambien brillado en las Tullerías, y que despues habia caido en el mar

profundo en que van á sumergirse todos los grandes astros. Lo que él amaba era su lindo y pequeño jardín, donde venian los tiernos pajarillos á bendecir á la Providencia que los mantiene; su pequeño jardín perfumado de ensaladas, de flores y de arbustos; allí se sentaba, leía, fumaba el tabaco que consue- la, y hé aquí toda su vida. Solo el día de su emperador se adornaba con el mejor de sus viejos unifor- mes; ocultaba una escarapela tri- color entre su camisa y su corazon, y lleno de respeto besaba la cinta de fuego que manos poderosas ha- bían fijado en su casaca; y despues, con lágrimas en sus arrugas, con temblor en sus canas, y con fiereza en sus lábios iba bajo la columna, y gritaba descubriéndose:—¡Viva mi emperador!

Un día que en su jardín trazaba con su vara de junco el plan de la batalla donde fué destrozada la di- vision de Grouchy, oyó de repen- te unos gritos; pero gritos que para él, hombre de guerra, no podían ser desconocidos. Creyó oír la voz popular del año 89. Era el grito de julio, y su tumultuoso estruendo. El anciano salió: tres días estuvo com- batiendo: se le vió en todas partes; pero principalmente en donde había un cañon que tomar; no porque en sus ojos no hubiera lágrimas fran- cesas para los franceses a quien te- nía la desdicha de vencer; sino por que la libertad era para su alma la primera de las necesidades, y por

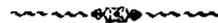
ella queria rendir el último suspiro.

De esta última batalla no quiso admitir ni cruz, ni cinta, ni recuer- dos. Solo se llevó del triunfo una alta estimacion hácia esa noble Po- lonia, que había resuelto sacudir á todo trance un yugo ignominioso. Mi buen anciano se retiró tranquilo, porque confiaba en la palabra ema- nada del trono.

Nosotros fuimos engañados, y el inválido también. El otro día, cuando la Francia estaba sumergida en el duelo, y cuando en las calles de Paris se lloraba como en las ca- lles de Varsovia, el pobre anciano ciñó su sable de honor, salió en la noche, y se dirigió á la columna.

Y allí, despues de haber pasado su larga mano sobre su frente, des- pues de haber medido con un ojo profundamente desesperado este in- menso cañon fundido con tantos ca- ñones, apoyó su brazo izquierdo sobre la balaustrada de hierro, des- envainó su sable de honor, y se di- vidió la mano derecha de un solo golpe.

«¡Salud á nuestros hermanos de armas de la Polonia!» pudo gritar todavía; y despues murió. ¡Pobre inválido!!



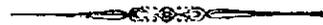
## Ceremonias fúnebres entre los egipcios.

En Egipto concibieron una de las ideas mas grandes y útiles á la moral que jamas se ha imaginado. Las leyes por naturaleza no influyen en el hombre, sino mientras respira, les siguen hasta la tumba, donde se detienen y él se sustrae de ellas. Los legisladores de Egipto fueron los primeros que tuvieron la idea de ligar fuertemente al hombre con alguna cosa que le sobreviviera é interesase aun despues de su existencia: vieron que la opinion permanecia sobre la tierra cuando este desaparecia, y conducia al traves de los siglos la fama y el desprecio. Sometieron por consiguiente la opinion á la ley, y esta ya le acompañaba hasta el fondo de la sepultura, siéndole tan temible sobre la tierra como despues de muerto. Tal fué el efecto que produjeron aquellos famosos juicios celebrados en Egipto á los difuntos, y que no han sido despues imitados por ningun pueblo.

Era necesario atravesar un lago para llegar al cementerio, á cuyas márgenes detenian el cadáver: —«Quien quiera que seas, dá cuenta á la patria de tus acciones: ¿qué has hecho de tu tiempo y de tu vida? La ley te interroga, la patria te escucha y la verdad te juzga.» Entonces comparecia sin títulos y sin poder reducido á sí mismo, y úni-

camente escoltado por sus virtudes ó vicios.

Allí se manifestaban los crímenes secretos, y los que el crédito ó el poder del muerto habian ocultado durante su vida: si la inocencia era calumniada, se presentaba al momento á confundir al calumniador y á pedir el honor que le habian arrebatado. Al ciudadano convencido de no haber observado las leyes, lo condenaban á la pena de infamia; pero el virtuoso era recompensado con un elogio público, perteneciendo á los parientes el honor de pronunciarlo. Reunian á toda la familia, y ademas los niños iban á recibir lecciones de virtud, oyendo alabar á sus padres; el magistrado presidia al pueblo que se hallaba en gran número. Entónces celebraban al justo: al aspecto de sus cenizas recordaban lugares, momentos y dias en que habian hecho acciones virtuosas: se le daban gracias por lo que habia servido á la patria y á los hombres, y lo presentaban como ejemplo á los que tenian aun dias en que vivir. El orador concluia invocando en su favor al Dios terrible de los muertos y por mejor decir confiándolo á la Divinidad, á quien suplicaba no lo abandonase en el mundo oscuro y desconocido en que acababa de entrar; en fin, al separarse le decia á su nombre y al del pueblo:—«Adios, para siempre.»



## LOS DIAS.

¡No es completa desgracia,  
Que por ser hoy mis días,  
He de verme sitiado  
De incómodas visitas?  
Cierra la puerta, mozo,  
Que sube la vecina,  
Su cuñada y sus yernos  
Por la escalera arriba.  
Pero ¡qué..... No la cierres...,  
Si es menester abrirla....  
Si ya vienen chillando  
Doña Tecla y sus hijas.  
El coche que ha parado,  
Segun lo que rechina,  
Es el de don Venancio,  
¡Famoso potardista!  
¡Oh! ya está aquí don Lucas,  
Haciendo cortesias,  
Y don Mauro el abate,  
Opositor á mitras;  
Don Genaro, don Zoylo,  
Y doña Basilisa,  
Con una lechigada  
De niños y de niñas.  
¡Qué necios cumplimientos!  
¡Qué frases repetidas!  
Al monte de Torozos  
Me fuera por no oírlas.  
Ya todos se preparan  
(Y no bastan las sillas)  
A engullirme vizcochos,  
Y dulces y bebidas.  
Llénase de mugeres  
Comedor y cocina,  
Y de los molinillos  
No cesa la armonía.  
Ellas haciendo dengues,  
Allí y aquí pollizcan;  
Todo lo gulusmean,  
Y todo las fastidia.  
Ellos, los hombrazos,  
Piden á toda prisa  
Del rancio de Canarias,  
De Jerez y Montilla.  
Una, dos, tres botellas,  
Cinco, nueve se chillan:  
¡Pues, señor, hay paciencia

Para tal picardía?  
¿Es esto sor amigos?  
¿Así el amor se esplica,  
Dejando mi despena  
Asolada y vacía?  
Y en tanto los chiquillos,  
Canalla descreída,  
Me aturden con sus golpes,  
Llantos y chilladiza.  
El uno acosa el gato  
Debajo de las sillas:  
El otro se echa acuestas  
Un cangilon de almivar.  
Y al otro que jugaba  
Detras de las cortinas,  
Un ojo y las narices  
Le aplastó la vanita.  
Ya mi baston les sirve  
De caballito, y brincan:  
Mi peluca y mis guantes  
Al pozo me los tiran.  
Mis libros no parecen,  
Que todos me los pillan,  
Y al patio se los llevan  
Para hacer torrecitas.  
¡Demonios! Yo que pasé  
La solitaria vida,  
En virginal ayuno  
Abstamente heremita....  
Yo, que del matrimonio  
Renuncie las delicias,  
Por no verme comido  
De tales sábuldijas....  
¡He de sufrir ahora  
Esta algazara y trisca?  
Vamos, que mi paciencia  
No ha de ser infinita.  
Vayause enhoramala,  
Salgan todos aprisa:  
Recojan abanicos,  
Sombreros y basquiñas.  
Gracias por el obsequio  
Y la cordial visita:  
Gracias; pero no vuelvan  
Jamás á repetirla.  
Y pues ya mereudaron,  
Que es á lo que venian,  
Si quieren baile, vayan  
Al soto de la villa.

## TEATRO PRINCIPAL.

No sabemos qué admirar mas en la compañía dramática que hoy trabaja en este coliseo, si el mérito de cada uno de los actores ó el buen conjunto y la buena direccion, sin la cual el mejor drama y la mas escelente comedia dejarán de producir el efecto que debiera. De nada sirve que un actor se esmere en el desempeño de su papel, si la escena no está bien preparada, y si los compañeros léjos de cooperar al buen resultado destrozan su papel, y con él el efecto general.

Así ha sucedido recientemente con la *Adriana* cuando la ejecutó la compañía del señor Rodés, sin embargo de que tanto el señor Lozano como la señora Toral trabajaron bastante bien, pero todos los demas no contribuian al buen éxito, y sobre todo la direccion era fatal. Ahora que este mismo drama ha sido ejecutado por la compañía del señor Arjona, se conoce lo mucho que faltaba para que siquiera estuviese, en general, medianamente representado.

No pretendemos hacer comparaciones odiosas entre actor y actor; pero si diremos que el señor Arjona muestra un gran tino y no poca inteligencia en el modo de distribuir los papeles, adecuados cada uno al actor que lo haya de desempeñar. Así se vió lo bien que cada cual ejecutaba el suyo, sin olvidar ninguno de los mas pequeños accidentes, produciendo de esta suerte una ilusion completa en el espectador, que no perdona lo que á veces reputa un actor vulgar por cosa despreciable. Vaya un ejemplo. Cuando ejecutó la *Adriana* el señor Rodés recordamos que

en el cuarto acto recibe la señora Princesa á sus amigas de gran tono, sin levantarse siquiera, y todas estar desde el principio agrupadas como niñas de colegio, y esto no era culpa de la señora Toral, sino de la mala direccion. No sucedió por cierto nada de esto la noche que trabajó la compañía del señor Arjona, pues se veia á la Princesa recibiendo como se acostumbra á recibir en la buena sociedad, esto es, en pié y atendiendo á las que iban entrando.

Podemos decir por muchas razones que hasta ahora no habiamos visto representar la *Adriana*, aun cuando hubiesemos visto aisladamente trabajar alguno que otro bien.

En la actual compañía, empezando por la señora Teodora Lamadrid, y acabando por el último comparsa, todos llenaron perfectamente su puesto, porque la habilidad de un buen director consiste en elegir el lugar que á cada cual le corresponde. Hablemos ya de los principales actores que tomaron parte en la ejecucion de la *Adriana*.

Confiado el papel de la protagonista á la inimitable Lamadrid, fué desempeñado como era de esperar de la alta reputacion que ha alcanzado en la escena española. Esta dama reúne cuantas dotes y prendas consituyen una eminente actriz. Gran inteligencia para saber interpretar admirablemente los pensamientos del poeta; corazon sensible; expresion en su semblante de los afectos de que alternativamente finge estar poseida su alma; con la misma propiedad nos pinta la ternura del amor de Adriana que la furia de los celos que devoraban su corazon, y que la angustia y el dolor de la muger que se imagina despreciada. A este modo prodigioso de espresar y de decir una nobles y delicadas maneras, y un rostro encantador. No

parece sino que la naturaleza la habia ya hecho actriz, teniendo la habilidad de no descubrir el arte ni un solo momento; á tal grado de perfeccion lo ha llevado esta superior artista. ¡Quién pudo sin entusiasmarse oír á esta Raquel española en la *Adriana!* Era para ello preciso tener secos el corazón y la cabeza. No es lícito á la mejor cortada pluma describir lo que se siente cuando se la escucha, sobre todo en las escenas y relaciones dramáticas.

Oyendo á la señora Teodora se olvida el espectador de que se halla en el teatro, y se figura que es verdad cuanto allí pasa. Constantemente estuvo admirable en la representación de la *Adriana*, pero en el cuarto y quinto acto llegó á lo sublime. Los versos de Fedra, recitados por esta distinguidísima actriz con una intención y con un acento admirables, produjeron en el público un efecto mágico: los bravos y los aplausos, hijos del entusiasmo, se sucedían sin interrupción y apenas la dejaban concluir: llamáronla al tablado é hicieronla repetir la última escena.

Era imposible, sin connoverse, oír en las últimas del quinto acto á la actriz eminente que con tanta verdad nos pintaba, ya los terribles tormentos de los celos y del desprecio, ya la locura, ya en fin las angustias del envenenamiento y de la muerte. No comprendemos que pueda ir mas lejos el arte, para el cual no bastan el talento y el estudio, sino van acompañados de las privilegiadas dotes que posee la señora Lamadrid. Rogámosle reciba estas cortas líneas como un tributo de admiración que gustoso pagamos al mérito de la que tanto se ha levantado en la escena española, y que lo mismo maneja el puñal de Pelmoño que la *carreta de Talía*.

Siguiendo el orden que nos hemos propuesto al hablar de cada uno de los actores, nos toca decir algo del señor Arjona, y decimos algo porque este actor eminente es muy conocido del público gaditano, que ya lo ha juzgado en muchas ocasiones, aplaudiéndole con entusiasmo repetidas veces en la escena, ya desempeñando papeles jocosos, ya ejecutando los mas serios y mas graves, con la misma facilidad y con igual maestría.

En la ejecución del *de Rigolet* nada habia que pedir; no es posible caracterizarlo mejor: arrancó grandes y muy merecidos aplausos, especialmente en la escena en que se supone representa *Adriana*, y como viejo maestro va siguiéndola paso á paso y notando cuando se eleva y merece aplausos. Con qué naturalidad exclamó *público bárbaro aplaude*. Bien podían aplicarse aquellas palabras á ciertas personas que se entusiasman con una bolera porque alza mas ó menos la pierna, y escuchan con frialdad los mas elevados pensamientos de un poeta, interpretados por un eminente actor. Verdad es que para lo uno basta tener ojos, y para lo otro se requiere inteligencia.

En el señor Arjona no solo hay que admirar al actor, sino al entendido director, al hombre que conoce perfectamente la escena y que procura que se halle bien servida, haciendo que los actores se encuentren siempre en su puesto, vistiendo todos con propiedad y no echando en olvido ninguno de los mas pequeños accidentes. Y sino compárese el efecto que produjo ahora la escena bien preparada del cuarto acto, cuando el reconocimiento del brazalete de la Princesa, con la misma cuando la compañía dirigida por el señor Rodés representaba esta misma

oscona. Se conoce que el señor Arjona no es de aquellos actores que procuran lucir desluciendo á los demas, sino que antes bien desea que todos luzcan; así brilla mas su verdadero mérito de gran maestro, porque mas difícil es hacer que todos representen perfectamente, que ejecutar bien un papel.

La señora doña María Rodriguez que desempeñaba el papel importante de la Princesa, es una jóven bella, de elegantes y sueltos modales, con suma gracia y con agradable voz, y diciendo siempre bien. Pintó perfectamente la coqueteria francesa, y alcanzó muchas veces justos aplausos. En las escenas del tocador estuvo inimitable.

Somos francos, la señora Osorio no nos gustó tanto, sin embargo que es jóven de buenos modales y que no dice mal, pero su voz atiplada la hace desmerecer algun tanto.

El señor Osorio comprendió bien el papel de Mauricio de Sajonia, y agradó generalmente. Su señor hermano es una gran cosa en el género jocosos: su voz, sus modales, su viveza, su gracia, todo contribuye á que se distinga en este género, y no dudamos que al lado del señor Arjona continuará adelantando, dando esperanzas de ser con el tiempo el primero de los que se dedican á este difícil género. Caracterizó muy bien en la *Adriana* el papel de vizconde, en el cual agradó sobremanera. El señor don Enrique Arjona ha mejorado indudablemente desde que le vimos la última vez en Cádiz, y comprendió el papel del quimico, si bien su voz y su figura no le ayudan para ser un excelente actor, y esto prueba, como digimos antes, que no basta la inteligencia si no existen las naturales disposiciones.

Si la *Ariana* ha salido perfectamente ejecutada, siendo de admirar no solo cada una de las partes sino el conjunto, nada

inferior ha sido la ejecucion de la *Escuela de los maridos*, comedia que hubiera parecido fria á haber estado representada por otra compañía que por la del señor Arjona, porque así esta como todas las del género clásico en las cuales la accion es sencilla, requieren para su desempeño actores de gran mérito, á fin de que no se escapen una multitud de bellezas que lejos de ponerlas en relieve las ocultan los malos actores.

La señora Teodora Lamadrid y don Joaquín Arjona caracterizaron de una manera admirable sus respectivos papeles de tutor severo y oprimida pupila. Parecia otra actriz la señora Teodora que la que habia representado Adriana. A la misma altura está en el género cómico que en el dramático. Así nos pintó con propiedad una muchacha á quien la opresion y exigencias del tio obligan á manifestarse gazmoña, para lograr mejor de esta suerte merecer su confianza y librarse de tan terrible tutela, y lo que era peor, del proyectado casamiento. Tanto el señor Arjona como la señora Lamadrid, recibieron á cada paso del público muestras inequívocas del placer con que escuchaba á estos dos tan distinguidos artistas.

Los demas actores contribuyeron al buen desempeño de la comedia, con particularidad el señor Osorio el mayor.

*Una apuesta*, pieza nueva, y muy tonta por cierto, fué tan perfectamente ejecutada por parte de la señora Teodora, del señor Arjona y de la señora Rodriguez, que el público manifestó estar muy complacido, lo cual prueba que los actores de gran mérito hacen parecer lo mediano bueno, y lo bueno excelente.

Otro tanto puede decirse del *Tío Tararira*, pieza lánguida y pesada, la cual solo

representada por el señor Arjona podria tolerarse. No es dable interpretar con mas propiedad los caracteres que pone en la escena este sublime actor; en *El Tio Tararira* se ve al hombre que está en la senectud, pero sostenido por su espíritu fuerte y un genio jovial que luchan, por decirlo así, con el poder de los años. Su voz, sus modales, su gesticulacion, ese temblor y contraccion de sus miembros propio de su edad avanzada, retratan con exactitud el personaje que se propone representar. Sin decaer un instante, sin olvidarse un momento durante toda la pieza del papel que desempeña, siempre está sobre sí á fin de que el espectador no pierda, ni en un instante, la ilusion que en él sabe producir.

Hablando de este actor y de la señora Lamadrid no sabemos cuándo acabar, por que hay tanto que decir, tanto que elogiar, y tanto que admirar, que nos vemos obligados á dejar para otros artículos lo que ya no cabe en el presente, pues se va haciendo demasiado largo y tememos abusar de la paciencia de nuestros lectores.

Nos limitaremos á decir que la *Baltasara*, drama de tres ingenios y tal vez por lo mismo bastante malo, no agradó nada; á no ser por los actores que lo representaron, y por la excelente ejecucion no se hubiera librado de la silva que se merecia. Nos escusamos de hacer el análisis de este drama, porque nada podriamos agregar á lo que meses pasados dijo *El Clamor* en un extenso juicio crítico, en el cual quedó por cierto muy mal parado el drama, sin que nadie se atreviera á salir á su defensa.

No concluiremos estas líneas sin decir que fueron muy aplaudidos los actores en la comedia *Escuela del matrimonio*, en la cual

el señor Arjona estuvo inimitable. ¡Con qué intencion, con qué naturalidad y sabiendo dar ese difícil claro-oscuro, nos recitó aquella relacion del fin del segundo acto, donde se queja el general de las costumbres actuales en materias de matrimonios! Grandes y muy merecidos aplausos obtuvo, así como la señora Lamadrid, el joven Osorio y la señora Rodriguez, que son los cuatro actores mas simpáticos de la compañía, sin que por esto tratemos de rebajar el verdadero mérito de los demas.

---

*Anécdota.*—Cuando Soliman II, el emperador mas grande que han tenido los turcos, marchaba á la conquista de Belgrado, una muger de la plebe se acercó á él y se quejó amargamente de que mientras dormia, unos soldados le habian quitado unas bestias que formaban toda su riqueza. «Era preciso que estuvieses sumergida en un sueño bien profundo, le dijo riendo el sultan, supuesto que no has sentido entrar á los ladrones.—Si señor, dormia, respondió ella; pero era en la confianza de que vuestra alteza vigilaba por la seguridad pública.» Soliman, bastante magnánimo para aprobar esta razon, por mas atrevida que era, reparó convenientemente un daño que debería haber impedido.

---

CADIZ: 1852.

---

Imprenta á cargo de don Manuel Sanchez del Arco, calle del Calvario, n.º 126.